

# 1

Ya había apagado el pequeño rótulo de luces de neón en el que podía leerse *BANQUE*. Wendy Harper conectó la alarma, apagó las luces y dejó el salón a oscuras, salió, cerró la enorme puerta y echó el cerrojo. Fuera estaban David, el barman, y tres ayudantes de cocina, apoyados en los pilares de la entrada del antiguo banco y charlando mientras la esperaban.

—Gracias a todos —dijo Wendy—. Eric y yo os agradecemos mucho el trabajo que habéis hecho esta noche.

Victor, Juan y Billy, los tres pinches, murmuraron unas tímidas respuestas y se alejaron hacia sus coches, pero David se quedó y la acompañó hasta el otro extremo del aparcamiento, donde había dejado el coche. A Wendy la sorprendió la calidez de la noche, a pesar de que eran más de las tres de la madrugada. Las hojas de las altas y esbeltas palmeras que bordeaban el aparcamiento del Banque estaban totalmente inmóviles, y parecía como si el asfalto estuviera desprendiéndose del calor que había ido acumulando durante el día.

Wendy entró en el coche, encendió el motor y cerró las puertas con el seguro. Salió marcha atrás de su plaza, esperó a que David estuviera en su vehículo, se despidió con la mano y se marchó por La Ciénaga camino de Sunset. Miró por el retrovisor con frecuencia, y a veces con cierta brusquedad. Siempre que adelantaba a un coche que salía despacio de una calle secundaria o se incorporaba a La Ciénaga, no le quitaba el ojo de encima hasta que giraba y desaparecía.

Agradecía mucho la paciencia del equipo del restaurante. Todos parecían estar pendientes de ella por la noche. «Eric y yo os agradecemos... —pensó—. Eric y yo.» Ése era uno de los principales cam-

bios. Desde que Banque abrió sus puertas..., en realidad, desde que ella empezó en el mundo de la restauración, Eric y ella habían vuelto juntos a casa. A Wendy nunca le había importado si eran las tres de la tarde o las tres de la madrugada, porque él siempre estaba allí. Sin embargo, esa noche lo había visto marcharse a medianoche.

La cocina ya había cerrado, pero la barra todavía estaba llena cuando ella había cruzado el salón para controlar el servicio de los últimos platos. Uno de los ayudantes de camarero mantuvo la puerta abierta para que entrara un compañero que venía con una bandeja cargada de platos. Wendy vio a los ayudantes con el uniforme blanco y a Victor, el friegaplatos, empezando a limpiar las mesas y la parrilla. También vio a Eric. Ya se había quitado la chaqueta blanca y se había puesto una camisa azul de manga corta.

Cuando lo miraba, aunque fuera desde lejos, notaba una sensación física, como si la hubiera tocado. Casi podía sentir su pelo rubio, muy corto pero suave como el de un gato, algo húmedo después de una noche de calor, sudor y esfuerzo. Era un hombre atlético y fuerte y un palmo más alto que los demás chicos que trabajaban con él en la cocina. Lo vio alejarse. Cuando pasó junto a Victor y Juan, les sonrió y les dio un golpecito en el hombro a modo de afectuoso saludo y les dijo algo. Wendy no pudo leerle los labios, pero sabía qué les había dicho. A pesar de que Eric se estaba convirtiendo en un afamado cocinero, no hacía tantos años que había empezado como ayudante de camarero, y era demasiado pronto para olvidarlo. La puerta se cerró.

Mientras conducía hacia su casa, empezó a ponerse cada vez más nerviosa. Dejó Sunset y subió por las estrechas, oscuras y laberínticas calles de las colinas y empezó a buscar el peligro sin saber qué forma adoptaría. ¿Era posible que un coche la siguiera por esa zona con las luces apagadas? Durante las dos últimas semanas había vuelto a casa por caminos diferentes y había salido del restaurante a horas distintas. Seguramente, era culpa de Olivia. Había estado a su lado desde la inauguración del restaurante y se habían hecho amigas, pero había perdido los nervios. No dejaba de recordarle lo

que podía pasar, lo fácil que sería y lo difícil que sería de evitar. Se había marchado de la ciudad hacía quince días.

Mientras pasaba frente a las casas de su vecindario, las estudió una a una, intentando localizar pequeños cambios. Era una zona donde todas las casas eran distintas; algunas tenían tres plantas y estaban colgadas de la colina, mientras que otras eran prácticamente invisibles detrás de los enormes setos. Cuando encaró la última curva, ya vio la casa que Eric y ella se habían comprado hacía menos de un año. Una de las cosas que más le habían gustado era la sensación de robustez que desprendía, aunque ahora ya no le parecía un lugar tan seguro. Esta noche le parecería grande y vacía, y estaría casi toda a oscuras. Pero no tenía otro lugar dónde ir.

Redujo la velocidad y condujo el coche por el camino de acceso al garaje. Hacía poco que había instalado unas luces automáticas en la parte delantera y lateral de la casa que se encendían cuando anochecía, pero no había conseguido el efecto deseado. Los potentes halos de luz dejaban espacios entre ellos que parecían todavía más oscuros. Se dijo que mañana tendría que hacer algo al respecto. Quizá la solución era instalar más luces, o bombillas con menos potencia y mejor distribuidas. Se dijo que era una estúpida por seguir cambiando cosas. Eric y ella habían planeado quedarse en esa casa para siempre, pero eso ya no iba a pasar.

Aparcó en el garaje y se dirigió hacia la puerta lateral. Le encantaban las maderas estilo japonés que salían de los aleros del tejado. Había adoptado ese diseño a imagen y semejanza del jardín cerrado que había detrás del restaurante. El jardín era su pequeña sorpresa para los clientes que accedían al restaurante por las columnas corintias de la entrada y cruzaban el suelo de mármol del vestíbulo del banco.

Mientras caminaba hacia la puerta de casa bajo las ramas del jazmín, entró en la zona invadida con su perfume y percibió el aire cargado de un intenso aroma. Bajó la cabeza para separar la llave de casa de las demás y, cuando volvió a levantarla, vio al hombre.

Cuando el tipo salió de las sombras que ofrecía el oscuro cenador, vio que llevaba algo en la mano; el hombre torció el cuerpo y el

movimiento permitió a Wendy descubrir que lo que llevaba era un bate de béisbol. Levantó los brazos en un acto reflejo para protegerse la cara, pero el tipo no la golpeó allí.

Wendy sintió una fuerte explosión de dolor en el muslo izquierdo justo encima de la rodilla y la fuerza del golpe la tiró al suelo. Cayó sobre la cadera izquierda, pero intentó arrastrarse y alejarse de aquel individuo. El segundo golpe le dio en el antebrazo. Cuando lo notó, supo que le había roto algún hueso.

Ahora pudo ver al hombre, de espaldas anchas, la cazadora deportiva oscura y la cara como la de una estatua en la oscuridad.

—¿Qué...? —preguntó ella—. ¿Qué quieres?

El bate volvió a golpearla, esta vez justo debajo de la cadera. El dolor provocó una mancha roja en su visión, pero luego desapareció. El golpe eliminó por completo su incredulidad, la sensación de que aquello no podía estar pasando. Sabía que quería inmovilizarla y que, con un golpe más, lo habría conseguido. Estaría a su merced y, entonces, la mataría. El tipo volvió a levantar el bate. En un esfuerzo sobrehumano, Wendy consiguió ponerse en pie e intentó correr, pero sólo consiguió cojear torpemente presa de un inmenso dolor. A los tres pasos, el hombre la sujetó del brazo con fuerza y la hizo retroceder.

Ella intentó zafarse, pero él le sujetó con más fuerza la blusa a la altura del hombro. Todavía llevaba el bate en la otra mano, pero la obligó a darse la vuelta en un movimiento rápido. La blusa se rasgó, el hombre se quedó con la manga en la mano y la fuerza del movimiento la hizo caer al suelo. Esta vez, quedó tirada en medio de un halo de luz de uno de los focos que había bajo los aleros del tejado.

El hombre se arrodilló, le puso el bate contra el cuello y con la mano libre le dio cuatro puñetazos en la cara. Ella quedó casi inconsciente. Tenía sangre en la boca, pero no parecía tener fuerzas suficientes para escupirla. Notaba un cálido e intenso dolor. Tenía ambos brazos débiles e inutilizados.

Sólo podía distinguir la silueta del atacante, que ahora volvía a levantar el bate. Cuando empezó a bajarlo, Wendy se estremeció y

logró apartarse. El bate golpeó contra el cemento junto a su cabeza con un golpe seco, rebotó y le arrancó un mechón de pelo de la parte trasera de la cabeza. Esta vez, el tipo se colocó con una pierna a cada lado de su cabeza y volvió a levantar el bate. Wendy sabía que ese golpe le destrozaría el cráneo.

El mundo estalló y brilló con una nueva luz. El hombre, el bate, la casa y el cemento que tenía junto a la cara quedaron iluminados como si se hubiera hecho de día. Aquel desconocido levantó la cara, miró hacia la calle y desapareció de su campo de visión. Oyó sus pasos, que se alejaban corriendo. Oyó cómo se abría una puerta de coche, luego otra, y luego voces.

## 2

Jack Till se colocó bien la corbata mientras observaba a los *paparazzi* al otro lado de la calle. Habían estado tranquilos durante un buen rato, mirando de vez en cuando hacia el hotel, pero ahora ya habían salido de los coches y paseaban por la calle con los ojos fijos en la entrada. Jack se fijó en que se observaban los unos a los otros. Eran competidores y sabían que una fotografía no valía nada si también la tenían otros diez fotógrafos. Till tenía suerte de que Marina Fallows hubiera asistido esa noche a la gala benéfica en el hotel. Había destacado en pequeños papeles en dos grandes producciones de cine y las caras nuevas siempre eran las presas preferidas de la prensa amarilla. Se preguntó qué dirían que había estado haciendo esa noche.

Los fotógrafos se quedaron inmóviles un segundo, como si hubieran oído algo. Entonces, se movieron todos a la vez hacia la puerta principal del hotel, donde un par de miembros de seguridad del establecimiento se habían unido al portero y a los aparcacoches. Al cabo de unos segundos, aparecieron un par de limusinas oscuras y se detuvieron delante de la entrada.

Seguro que la gala donde estaba Marina Fallows había terminado y ahora empezaba el espectáculo en la calle. Las puertas se abrieron y apareció la preciosa joven, vestida con un vestido largo y negro palabra de honor y unas sandalias que resplandecían bajo los focos. Iba acompañada de un joven de su edad con traje oscuro al que parecía que habían elegido para que completara la fotografía perfecta a su lado. Los flashes se dispararon y Till se sorprendió una vez más por lo pequeñas que eran algunas actrices en persona, casi como niñas. Los destellos de los flashes eran tan continuos que

parecían una luz estroboscópica, y los fotógrafos se hacían un sitio a codazos para intentar acercarse un poco más, disparando las cámaras en ráfagas de tres fotos por segundo. Dos de ellos se colocaron delante de la primera limusina para impedir que avanzara mientras sus colegas corrían hacia la pareja y les pegaban la cámara a la cara hasta que los jóvenes se metieron en el coche y cerraron la puerta.

Till no apartó la vista de la puerta. Vio que salían dos parejas, y luego una tercera, todos vestidos de gala. Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó una hoja de papel, estudió unos segundos la imagen en color impresa en ella, empezó a caminar mientras la guardaba y metía la mano en el bolsillo lateral.

Till medía metro ochenta y cinco, tenía cuarenta y dos años, era ancho de espaldas e irradiaba vigor. Llevaba traje oscuro, con lo que parecía que había asistido a un evento en cualquiera de los salones del hotel. Cuando se acercó al edificio, los *paparazzi* y los miembros del equipo de seguridad parecieron percibir que era mejor para ellos suponer que no tenía nada que ver con su tarea y fingieron no verlo.

Till pisó el bordillo de la acera mientras la tercera pareja esperaba que el aparcacoches les trajera su vehículo. Eran cuarentones; la mujer era muy delgada y rubia, con tantas pecas en los hombros y el escote desnudos que parecía que estaba morena del sol. El marido era alto y atlético, tenía cara de adolescente y unas cejas que, bajo la luz de las farolas de la calle, parecían casi blancas. Cuando su Mercedes apareció, Till se fijó en el cuello de la mujer.

Sacó una diminuta cámara digital del bolsillo de la chaqueta y les hizo una foto.

El hombre rió y levantó la mano.

—¡Eh! ¡Que nosotros no somos famosos!

—Lo siento. Disculpen —dijo Till, y siguió caminando.

Mientras se alejaba vio que la mujer se volvía y susurraba algo a su marido con cierta urgencia, cubriéndose el cuello con la mano. Till aceleró el paso.

El marido corrió tras él y le dio unos golpecitos en la espalda.

—Lo siento, amigo, pero me temo que voy a tener que pedirle que me dé las fotos.

—Yo también lo siento —respondió Till—. No puedo hacerlo.

—Muy bien, pues se las compro. A mi mujer no le gusta que le hagan fotografías y, además, usted sabe que no puede venderlas. No somos actores —sacó un pequeña y suave cartera y extrajo un billete—. ¿Cien dólares serán suficientes?

—No —dijo Till—. Puede decirle que he velado el carrete o lo que quiera, pero no puedo aceptar su dinero. En la cámara tengo fotos personales que quiero conservar, así que no puedo ayudarle.

—Tiene que hacerlo —el hombre intentó sujetarle la mano para arrebatarse la cámara.

Till levantó la mano izquierda tan deprisa que parecía que la tenía preparada para interceptar el golpe. Agarró la del hombre y se la retorció.

—Suélteme. ¡Suélteme!

—De acuerdo —Till se guardó la cámara en el bolsillo y luego lo soltó.

Cuando Till se había alejado un par de metros, el hombre dio media vuelta y volvió corriendo hacia el hotel con su mujer. Había sacado el móvil y estaba hablando con agitación. A través de las puertas de cristal, Till vio que varias parejas también vestidas de gala se arremolinaron alrededor del matrimonio. Tres de los hombres salieron y empezaron a caminar hacia Till, pero parecía que no sabían muy bien qué hacer. Su amigo no necesitaba que lo ayudaran y Till no había salido corriendo. Volvieron hasta la puerta del hotel, miraron a su amigo y, después, otra vez a Till.

El coche de policía llegó al cabo de unos cuatro minutos, estacionó detrás del Mercedes del matrimonio y le dio un pequeño golpe en el parachoques. Del coche salieron dos jóvenes agentes, un hombre y una mujer. La mujer era bajita y llevaba el pelo oscuro recogido en un moño y, con el chaleco antibalas puesto, parecía muy robusta, mientras que el hombre era alto y esbelto como un jugador de baloncesto.

—Señor —dijo el agente—, ¿es usted el señor Mason?

—No, me llamo Jack Till. George Mason está dentro del hotel. Es el alto y rubio que está muy bronceado.

—¡Agente! ¡Agente! —George Mason salió del hotel como una exhalación, seguido de su mujer y sus amigos—. Este hombre me ha atacado. Nos hizo una fotografía y luego me retorció la muñeca.

—Todo el mundo tranquilo —dijo la agente—. Hablaremos con todos —se volvió hacia su compañero y le dijo—: Toma declaración al señor Mason. Yo hablaré con este caballero.

La mujer se llevó a Till a varios metros del hotel y se detuvo.

—¿Es usted el Jack Till que antes era policía?

—Sí —respondió él. Sacó su identificación y se la enseñó, pero la mujer no la miró.

—Su cara me sonaba. Estuve en la comisaría de Hollywood cuando usted estaba en el departamento de homicidios. Me llamo Becky Salamone. Sé que no me recuerda, así que no tiene que fingir.

—Encantado.

—¿Qué ha pasado?

—Desde que me retiré, he estado trabajando como investigador privado. Llevaba una semana siguiendo a la señora Mason. Ella y George, su marido, hace dos años que denunciaron el robo de un collar. Aquí tiene la circular de la compañía de seguros —desdobló una hoja de papel y se la entregó.

La agente Salamone la miró.

—Zafiros y diamantes. Muy bonito.

—Sí —añadió Till—. McLauren Life and Casualty les pagaron trescientos cincuenta mil dólares. La señora Mason lo lleva esta noche.

—Oh —Salamone miró a su alrededor—. ¿Dónde está?

Till se volvió hacia la entrada del hotel.

—Ha debido de entrar en el hotel. Le hice una fotografía, se enfadó y el marido me pidió el carrito. Primero quiso comprármelo, pero, ante mi negativa, quiso quitármelo a la fuerza. Y no podía permitírselo —Till sacó su cámara—. Es digital. Usted misma pue-

de ver la fotografía —encendió la cámara para que la agente pudiera ver la fotografía de los Mason junto a su coche.

Salamone la comparó con la imagen en la circular de la compañía de seguros.

—Buena foto.

—He sacado también el coche para que se vean el modelo y la matrícula —añadió Till—. Ese coche no se fabricaba cuando denunciaron la desaparición del collar. Es nuevo.

Desde la entrada del hotel, George Mason gritó:

—¡Deténgalo! Quiero denunciarle.

La agente Salamone devolvió a Till la cámara y la circular, se acercó al grupo, se llevó a su compañero a un aparte, le susurró algo y luego regresaron.

—¿Dónde está la señora Mason?

La aludida avanzó un poco.

—Lo he visto todo. Este hombre estaba...

La agente Salamone dijo:

—Señora Mason, ¿no llevaba un collar esta noche?

—¿Perdón?

Till sujetó la fotografía de la compañía de seguros y la desdobló.

—Éste.

La señora Mason empezó a palidecer.

—No. No lo llevaba. No tengo ningún collar como ése. ¿Qué tiene eso que ver con que usted haya atacado a mi marido? ¡Es ridículo!

Till se dirigió a los demás miembros del grupo.

—¿Alguien ha visto a la señora Mason con collar esta noche?

Ninguno de ellos parecía entender la pregunta. Por sus expresiones, parecía que Till les había hablado en una lengua que jamás habían oído. Él se volvió hacia la derecha y guiñó el ojo derecho a la agente Salamone.

—Supongo que no queda otra opción. Tendrán que registrarlos a todos y arrestar a la persona que lo tenga encima.

La expresión de la agente Salamone era totalmente hermética. Asintió de forma breve.

Till volvió a dirigirse hacia el grupo.

—Que nadie intente huir. Están en camino más unidades para trasladarles a la comisaría para que los agentes les tomen declaración bajo juramento y procedan a los registros. La mayoría de ustedes quedarán libres dentro de varias horas.

Todos estaban horrorizados, pero una de las mujeres empezó a temblar, y luego se echó a llorar. Miró a la señora Mason:

—Lo siento, Brenda, pero no puedo hacerlo. Ni siquiera por ti —abrió el bolso, sacó el collar de la señora Mason y se lo entregó a la agente Salamone como si fuera una serpiente venenosa.

Al día siguiente, Jack Till fue a su despacho. Casi siempre aparca el coche delante del edificio de apartamentos donde vivía, en la acera este de Laurel Canyon, e iba a pie hasta el despacho, que estaba en Ventura Boulevard. La distancia era de unos ochocientos metros y le gustaba ir caminando mientras miraba a su alrededor y pensaba.

Esa mañana se sentía bien. La compañía de seguros ya había reaccionado ante la noticia de que había recuperado el collar. Le pagarían lo suficiente como para garantizar que, ese año, su agencia de detectives no perdería dinero, y eso que sólo estaban a mitad de año. Y la noche anterior, al llegar a casa, escuchó los mensajes del contestador y había uno de Dan Mulroney, un detective de la comisaría de Hollywood, donde le decía que le había dado su dirección a una clienta que posiblemente se pasaría por su despacho al día siguiente. Era su segundo año como investigador privado y puede que ya empezara a obtener beneficios.

Se detuvo frente al quiosco de la esquina, compró *Los Angeles Times*, se lo dobló debajo del brazo y continuó su camino por la calle mientras el sol le daba en la espalda. Se detuvo en el Starbucks y compró un café para llevar, y luego continuó el camino hacia el

despacho. Era un edificio de dos plantas con una enorme tienda de antigüedades en los bajos y otras tres tiendas que vendían ropa, regalos y gafas para mujeres. La pequeña entrada estaba entre la tienda de antigüedades y la de ropa, con un panel de fieltro negro en la pared con los nombres de las empresas protegido con un cristal y una escalera que subía al segundo piso, compuesto por un pasillo con despachos a ambos lados.

El de Till era el primero de la derecha, una única habitación con un teléfono, una mesa, dos archivadores y un sofá, todo de la liquidación de una tienda de material de oficina en Sherman Way. En el lado izquierdo del pasillo había tres despachos de tres chicos jóvenes que trabajaban jornadas maratonianas y que constantemente se rebautizaban como una productora de televisión nueva. Till subió las escaleras con el periódico y el café en las manos y se encontró con una mujer joven apoyada en su puerta.

Era delgada y rubia, con el pelo liso y brillante como el de una niña, pero tardó un poco en asimilar su aspecto real porque tenía la cara llena de moretones y deformada por varios golpes. Lo primero que se le ocurrió fue que parecía una de las muchas víctimas de homicidio que había visto a lo largo de su carrera. En cuanto ella lo vio, se apartó de la puerta y se apoyó en el bastón que Till todavía no había visto. Se sirvió de él para apartarse y dejarlo abrir.

—Buenos días —dijo—. ¿Ha venido a verme... a ver a Jack Till?

—Sí.

—Entonces, pase —con sólo verla, estaba seguro de que conocía su historia. Debía de haber sufrido un accidente de coche. Seguro que había una denuncia de por medio y quería contratarlo para investigar a la otra parte. Dejó el periódico y el café en la mesa y señaló el sofá.

—Siéntese, por favor.

Ella miró el sofá con escepticismo.

—¿No tiene una silla? Tengo la espalda muy mal para sentarme en el sofá.

Mientras Till cruzaba la habitación para ofrecerle una silla, ella

se acercó a la mesa y, al principio, él creyó que estaba mirando los archivos que había encima de ella, pero luego se dio cuenta de que estaba mirando por la ventana que daba a Ventura Boulevard. Vio cómo sus pupilas hacían movimientos rápidos, fijándose en todas las personas de la calle. Estaba aterrada.

Entonces se dio cuenta de que no había sufrido ningún accidente de tráfico. Dejó la silla frente a la mesa.

—¿Quién le ha hecho esto?

Ella levantó los brazos como si le estuviera enseñando el vestido que llevaba, pero, en realidad, Till comprendió que el gesto significaba su cara destrozada y su cuerpo golpeado.

—Un hombre. Bueno, en realidad, fueron dos. Quieren matarme.

—¿Quiénes son?

—No lo sé.

—¿Y qué quiere usted que haga? ¿Que la proteja? ¿Que los encuentre?

—Quiero que me ayude a huir.

Seis años después, Jack Till todavía recordaba ese momento en su despacho, el día en que vio a Wendy Harper por primera vez. Cuando escuchó su historia, reaccionó como si todavía fuera policía. Intentó convencerla de que hiciera lo correcto, que acudiera a la policía y dejara que ellos la protegieran. Ella tenía una respuesta para todas sus sugerencias, un motivo por el que la única esperanza de mantenerse con vida era intentar empezar de cero en otra parte. Ya había ido a la policía después de la paliza, y ellos le habían dicho que acudiera a Jack Till. Al final, Jack cedió. Le enseñó lo que necesitaba saber acerca de los métodos de la policía para localizar fugitivos, basándose en la teoría de que cualquiera que la buscara no sería tan bueno como los profesionales. Cuando terminó de aleccionarla y las heridas más visibles desaparecieron, la dejó en la puerta del aeropuerto de otra ciudad.

Durante el primer año estuvo preocupado y no dejó de buscar noticias de ella en los periódicos, esperando leer que habían encontrado su cuerpo en algún sitio. Pasaron cinco años más y nunca supo nada más de Wendy Harper.

Esperaba que ese silencio significara que había conseguido mantenerse con vida.